

# La industria en Navarra en el siglo XIX

AGUSTÍN GONZÁLEZ ENCISO

## 1. INTRODUCCIÓN

El término industria en un contexto histórico suele inducir al reduccionismo, sobre todo si lo aplicamos a un periodo contemporáneo. Enseguida pensamos en la gran industria siderúrgica o textil. Las chimeneas de las nuevas fábricas aparecen como el símbolo de la Revolución Industrial: allí donde no hay chimeneas, no se realizó aquel proceso y por lo tanto, no hay industria. Afortunadamente esta visión que limita la idea de la industria a sus formas más evolucionadas y productivas está cambiando. Hace tiempo que los especialistas vienen refiriéndose a otras cuestiones, sin embargo, el mensaje tarda en llegar al público.

Dentro de las actividades económicas que el hombre realiza, a la industria se le hace corresponder con los procesos de transformación de las materias primas. En este sentido, industria ha existido siempre. Nunca he entendido por qué en los estudios de Prehistoria se habla de industria y sin embargo cuando se llega a las épocas Medieval y Moderna se habla de artesanía. Puede ser una simple cuestión terminológica, pero induce a una confusión conceptual según la cual se reservaría el término industria a la industria moderna, concentrada y mecanizada, y se desprendería la importancia de las actividades anteriores. La invención de los términos «preindustrial» y «protoindustria», encierra en cierta manera esa minusvaloración, aunque también ha ofrecido cauces para nuevos enfoques metodológicos que, sobre todo el segundo concepto, pueden ayudar a comprender mejor una determinada situación industrial.

A mi modo de ver, el problema hay que orientarlo hacia la caracterización e importancia de las actividades industriales. Industria hay, tanto en el siglo XVIII, que lega su herencia, como en el posterior siglo XIX<sup>1</sup>, pero esa industria, sobre todo si la comparamos con la de algunas zonas más evolucionadas de Europa, puede ser más o menos tradicional, alcanzar un grado menor o mayor de mecanización y de integración, o puede incidir más o menos en la producción total y por lo tanto en el conjunto de la economía.

La tarea del historiador, en este caso, consistirá, por lo tanto, en descubrir cuáles son los procesos de transformación de materias primas que en una determinada sociedad existen, en qué consisten, cómo se organizan, a qué productos afectan, qué

1. Sobre todas estas ideas cfr. GONZÁLEZ ENCISO, A., *Estado e industria en el siglo XVIII: la fábrica de Guadalajara*, Madrid, 1980, p. 97 y s.; «La industria de la lana en el siglo XVIII», en *La economía de la Ilustración*, Murcia, 1988, p. 71 y s.

calidades consiguen, de qué manera se integran en el mercado y qué importancia tienen en él y en el conjunto de la generación de rentas, etc.

Todo esto viene al caso si vamos a hablar de Navarra, una región supuestamente no industrial. Efectivamente, en el siglo XIX Navarra no era una región industrial si entendemos por tal aquella en la que la industria colabora de forma importante en el producto bruto. Pero el que la industria tuviera menos peso no quiere decir que no existiera, ni que no cumpliera una determinada función. Eso es lo que hay que explicar. Hay que huir, por lo tanto, del esquema clásico según el cual sólo la gran industria es la que interesa. «Tradicionalmente —se ha escrito hace muy poco—, cuando sólo se pensaba en términos de «algodón» y de «siderurgia», la historia industrial venía a ser una salvedad, casi una inconveniencia, de Cataluña y Euskadi. Hoy en día, con el rescate de los «alimentos» y la «cerámica», el «papel» y la «química», los «curtidos» y la «madera», etc., el resto del territorio empieza a salir de la penumbra y a reclamar su cuota parte de atención a los historiadores»<sup>2</sup>. En el libro al que se refiere esta cita no hay ningún capítulo dedicado a Navarra, lo que explica, según creo, la falta de estudios publicados en este sentido. Sin embargo, es una labor que hay que realizar, porque la industria está ahí, como esperando que alguien se acuerde de ella, reclamando atención desde su pretendida modestia. Seguramente en el caso de Navarra ocurriría lo que en otras regiones, según se pone de manifiesto en el trabajo que cito, que sorprende la cantidad de industria que había en la España «no industrial».

## 2. HACIA UNA CRONOLOGÍA DE LA INDUSTRIA NAVARRA EN EL SIGLO XIX

La experiencia industrial en el siglo XIX es muy variada en España, según las regiones, de ahí que sea difícil establecer unas líneas generales que nos sirvan para ilustrar de antemano el caso navarro, cuyo sector industrial decimonónico carece de estudios publicados actuales suficientemente completos. Por otra parte, la cronología no sólo es diversa según las regiones, sino según los sectores, que experimentan evoluciones a veces completamente diferentes. Por los pocos datos que hasta el momento tenemos, podemos hacer un esbozo general, que nos sirva de pauta para un posterior análisis más profundo de los hechos. En este sentido, cabría distinguir tres periodos en la organización industrial navarra durante el siglo XIX:

- a) El paso del corporativismo al individualismo (1780-1820)
- b) El desarrollo de la pequeña empresa individual (1820-1860/70)
- c) Primera fase del nacimiento de la gran empresa (1860/70-1900/1910)

Todas estas fechas son algo genéricas, y no quieren indicar precisión anual. La primera de todas significa el momento en que empieza a generalizarse la empresa individual fuera de los cauces gremiales. Desde 1820 el ambiente cambia porque se desarrolla la industria en sectores no tradicionales, o nuevos, antes apenas conocidos. Hasta 1860 y 1870 son los años en que este desarrollo cuenta aún con una capacidad pequeña de capitalización, realidad que empieza a cambiar a partir de esas fechas. La de 1900 es genérica en cuanto que indica el cambio de siglo y también porque quiere significar la modificación de las circunstancias capitalistas que se opera justo

2. NADAL, J. y CARRERAS, A. (dirección y coordinación), *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Barcelona, 1990, p. VII.

en los primeros años del siglo XX, o en algunos casos, en los últimos años del siglo XIX.

a) **El paso del corporativismo al individualismo (1780-1820)**

En la primera fase se vive aún en plena etapa corporativista y mercantilista de pervivencia gremial; pero al mismo tiempo se desarrolla un nuevo sistema: las reformas abrirán la vía del individualismo al restringir de facto los monopolios gremiales por el camino paralelo de permitir la existencia de otro tipo de instituciones fabriles donde rige la libertad de establecimiento, de trabajo y de comercialización. En las dos últimas décadas del siglo XVIII la legislación general española, que también afecta a Navarra en este caso, culmina un camino que había querido iniciarse mucho antes, pero que no había llegado a desarrollarse del todo. Esos años, que han sido denominados del «individualismo y la libertad económica»<sup>3</sup>, son el pórtico claro del ambiente industrial del siglo XIX, toda vez que ese ambiente se alargará en esta centuria unos cuantos años, tanto por la situación legal, como por el tipo de industrias y de productos trabajados.

En Navarra hay ejemplos, dentro de la principal industria de la época, la textil lanera, de empresas que caminan ya por el individualismo, al margen del predominio gremial. Es el caso de Manuel Modet, fabricante de paños de Estella, que en 1780 pedía que se aplicasen a su fábrica los privilegios establecidos en términos generales para las fábricas de paños del reino en 1779<sup>4</sup>. Para dejar claro que no se trata de privilegios dentro del régimen anterior, sino que con ellos pretendía caminar por un nuevo sendero, el propio Modet pedía en 1795 que no se le exigiesen los registros gremiales.

En esta misma línea de adaptarse a la nueva situación que va creando la legislación emanada de la Junta General de Comercio y Moneda, hay que señalar la determinación, en 1784, de que las mujeres puedan trabajar en aquellas labores compatibles con la condición de su sexo —que es una primera vía de liberalización en el trabajo femenino—, o la disolución del gremio de torcedores de seda en 1793, al igual que se habría hecho en toda España en esa misma fecha<sup>5</sup>.

Dentro de actividades menos tradicionales, al menos en Navarra, hay que señalar la petición de unos comerciantes de Pamplona en 1781, para establecer una fábrica de lienzos pintados y bayetas, productos que por esos mismos años estaban empezando a fabricarse en algunos otros lugares en España, y que supone estar en primera línea de las novedades textiles del momento. También es poco frecuente, todavía en este año, que los comerciantes como tales inviertan en una actividad industrial, aunque ya venía creándose un ambiente en ese sentido, que rompía el tradicional aislamiento gremial entre industria y comercio.

Fuera del ámbito de las industrias textiles, también se desarrolla el fenómeno del individualismo empresarial, lo que viene a favorecer otro de los aspectos característicos del momento, la diversificación industrial. Poco a poco, empiezan a pasar a primer plano, o al menos empiezan a caer dentro de la preocupación de los empresarios y de los comerciantes, otros productos aparte de los tradicionales géneros textiles y metalúrgicos. En Navarra hay algunos ejemplos de esta diversificación, como pueden ser

3. ENCISO RECIO, L.M., *Los establecimientos industriales españoles en el siglo XVIII. La mantelería de La Coruña*, Madrid, 1963, p. 26 y s.; GONZÁLEZ ENCISO, A., «La economía en la España de Carlos IV», en *Actas de la Primera Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, publicado en P. MOLAS, ed., *La España de Carlos IV*, ed. Tabapress, Madrid, 1991.

4. A.G.N., *Agricultura, Artes, Industria, Minas*, leg. 2.

5. Estos y los siguientes datos en A.G.N., *ibidem*.

las empresas de extracto de regaliz que se establecieron, o existían, en Corella, en 1788 y en Tudela, en 1790, ésta a cargo de la compañía Sanz, Espinal y Bona.

En otros sectores tradicionales, pero también menos ligados al mundo gremial, continúa la labor de renovación; así, por ejemplo, en la metalurgia. En 1787, una Real Cédula permitía a Francisco Antonio Minondo, de Goizueta, el establecimiento de una fábrica de fundición «en el sitio donde estuvo la herrería llamada Ollén», propia de la villa de Ezcurra.

Pero la España de Carlos IV no asiste al deterioro definitivo de los gremios. Hay un declive de su imagen y de su importancia económica, pero la institución sigue en pie con la misma vigencia jurídica que antes. Esta realidad se refleja también en la documentación, donde se recogen hechos como la copia de las ordenanzas, antiguas y modernas, de varios oficios de tudela, en 1770; la aprobación de las ordenanzas del gremio de cortadores de Pamplona, en 1780; o el establecimiento de escuelas de hilazas de lana «en los pueblos que ofrezcan proporción», en 1786, según la política intervencionista del Gobierno en ese terreno; las exenciones de los dueños de las fábricas de salitre, en 1791, también según la tradición de este ramo, o la aprobación de las ordenanzas de caldereros, en 1806. Se trata, lógicamente, de algunos ejemplos que reflejan el peso de la continuidad, por más que ésta viviera ya en compañía de las nuevas realidades.

Otro aspecto que afecta directamente a la industria navarra en estos años es el de la empresa estatal. En Navarra ésta venía representada en el sector siderúrgico, por los altos hornos de Eugui y Orbaiceta, que van a seguir los avatares propios del momento, en lo que se refiere a la política gubernamental y en los acontecimientos generales. La empresa de Eugui, de larga tradición, había sido nacionalizada en 1766, de acuerdo con una política que trataba de controlar lo mejor de la producción siderúrgica nacional orientada al consumo militar. Por entonces, Eugui tenía tres altos hornos y fabricaba la tercera parte del total español de hierro colado<sup>6</sup>.

Entre 1784 y 1789 se creó una nueva empresa, también por el Estado, que pretendía aumentar la producción: la fábrica de Orbaiceta. Llegó a tener cuatro altos hornos y supuso un importante avance en la producción de municiones.

La crisis del reinado de Carlos IV tiene caracteres diferenciales bastante fuertes. La industria tradicional se vio negativamente afectada en lo que se refiere a la institución gremial, que fue perdiendo protagonismo. Quizás ese declive fue beneficioso, ya que el gremialismo de fines de siglo XVIII suponía unas trabas importantes al desarrollo de la producción, aunque, por otra parte, contenía evidentes ventajas sociales a corto plazo. Pero además, la crisis de los gremios supone el desarrollo de nuevas actividades industriales, que inician entonces un lento florecer. desde este punto de vista no puede haber crisis, ni de hecho la hay, salvo algún fenómeno coyuntural.

En cambio, donde se siente la crisis, de manera directa, es en la siderurgia estatal, aspecto que afectó especialmente a las empresas navarras en el momento en que se desató la guerra contra la Francia revolucionaria. Las fábricas de Eugui y Orbaiceta fueron destruidas por las tropas invasoras en 1794, al igual que la de San Sebastián de la Muga, en Gerona. En cualquier caso, la de Orbaiceta sería reconstruida pronto y estuvo funcionando entre 1800 y 1805<sup>7</sup>.

La Guerra de Independencia supone un paréntesis para la actividad industrial normal. Algunas empresas no volverán a trabajar como antes. La misma fábrica de Orbaiceta se mantuvo, ya que fue también utilizada por las autoridades francesas, pero después de 1814, sin necesidades militares apremiantes, ni dinero en las arcas del

6. ALCALÁ-ZAMORA, J. y QUEIPO DE LLANO, «Producción de hierro y altos hornos en la España anterior a 1850», en *Moneda y Crédito*, 128 (1974), passim.

7. ANDRÉS GALLEGO, J., *Historia contemporánea de Navarra*, Pamplona, 1982, p. 35.

Estado, la fábrica no pudo recuperarse de los destrozos ocasionados a la salida de las tropas francesas y tuvo que esperar bastante tiempo antes de entrar nuevamente en funcionamiento.

Otras actividades subsistieron en un ambiente poco propicio, aunque los sectores más tradicionales mostraban ya la tendencia inevitable hacia el declive. Finalmente, se mantuvo a la expectativa el deseo de renovación en la organización empresarial. En los años inmediatamente siguientes a la contienda y antes de que triunfe políticamente el liberalismo —de 1815 a 1820—, aparecen o se desarrollan algunas empresas variadas como las fábricas de jabón —sobre todo en Tudela—, aguardientes, nuevas lanerías, como la de Artola en Estella, y talleres de curtidos <sup>8</sup>.

### b) El desarrollo de la primera empresa individual (1820-1860/70)

El triunfo del liberalismo en la política nacional en 1820 acabará por consagrar la tendencia hacia el individualismo empresarial que ya estaba bastante asentada. En el mismo 1820 se decreta, sin ambages, que todo el mundo pueda establecer «las fábricas que les acomode» <sup>9</sup>. Aunque en política el liberalismo duró poco, en el mundo económico quedó definitivamente establecido como un sistema paralelo al de las instituciones tradicionales, que tenían vigencia legal, pero una operatividad cada vez menor. En cualquier caso, no parece haber colisión entre ambas. También incluso estas instituciones tradicionales se muestran influidas por el liberalismo: los gremios aplican ordenanzas algo más abiertas que las tradicionales y desde luego, la Junta de Comercio y Moneda, en un tiempo representación del mercantilismo intervencionista, toma, sin dejar de ser una institución dirigista, un carácter claramente liberal en sus decisiones y postulados. Si se me permite la expresión, podríamos hablar, en este sentido, de un «liberalismo dirigido».

A partir de estos años se desarrolla, fundamentalmente, una pequeña empresa individualista —personal, o colectiva—, que normalmente no tiene muchos medios económicos, que se fundamenta, muchas veces, en una relación familiar, y que suele centrarse en los sectores más asequibles, esto es, los que tienen una larga tradición, o los que presentan una mejor implantación en el mercado.

Junto al desarrollo de lo nuevo, está la pervivencia de lo antiguo. Y también en este caso, la experiencia de Navarra es similar a la del resto de España, a pesar de que aún mantenga su peculiaridad administrativa.

En dos realidades institucionales —individualismo moderno y corporativismo antiguo—, dan lugar a distintos aspectos de la actividad industrial:

- Pervivencia de la organización gremial hasta 1834.
- Desde esa fecha, pervivencia de una actividad corporativa, ahora no ayudada por la ley, y por lo tanto, sin monopolios ni reglamentaciones, que por supuesto se mantiene en un nivel artesanal en cuanto a los aspectos técnicos.
- Estas actividades tradicionales se reservan la peor parte del mercado en cuanto a calidad y poder adquisitivo, pero un sector que, no obstante, es amplio, lo que permite a estas actividades mantenerse a lo largo prácticamente de todo el siglo XIX.
- Al mismo tiempo se desarrollan las nuevas formas empresariales ya ensayadas del individualismo, que ahora crecerán. Ello lleva consigo la aparición —o desarrollo, según los casos—, de una burguesía industrial, antes casi desconocida, salvo excepciones concretas. Del mismo modo, hay que empezar a pensar en nuevas calidades y mercados más amplios, lo que pone en primer plano la

8. A.G.N., *Agricultura...*, legs 2 y 3.

9. A.G.N., *ibídem*, leg. 3.

cuestión tecnológica y por ende, la financiera. Precisamente las limitaciones en estos terrenos mantendrán la estructura empresarial en dimensiones pequeñas y en fórmulas institucionales sencillas.

Estas características hacen difícil, para el historiador, seguir la historia industrial, porque se trata de organizaciones que han dejado muy poco rastro documental. En una época en que disminuye el intervencionismo gubernamental, la documentación oficial al respecto apenas existe, salvo en los indicadores indirectos de los tributos fiscales. Por otra parte, el pequeño tamaño de las empresas elimina el interés de sus propietarios por guardar archivos. Por aquí podremos encontrar algunas de las razones del desconocimiento de las actividades industriales de esta época, que sólo empieza a subsanarse hacia el final de la misma, en torno a 1860/70, cuando las empresas cambian de características.

Sin embargo, se trata de una época muy importante, sin cuyos avances sería difícil pensar en las transformaciones empresariales posteriores; una época creativa, en la que se produce, además una sustancial transformación social y política, aunque tampoco se puedan olvidar los transtornos ocasionados por la difícil recuperación de los desastres anteriores —Guerra de Independencia peninsular e Independencia americana—, y por las guerras carlistas.

En el caso concreto de Navarra tenemos un indicador del interés económico de estos años en la preocupación por la construcción de carreteras modernas. En un momento en que la Diputación no tiene fondos suficientes para proseguir su política tradicional, surgen las iniciativas privadas que, a base de suscripciones populares, consiguen, sin que falte la ayuda oficial, dinero para modernizar la vías de comunicación. Así se construirán importantes carreteras como la de Pamplona-Vitoria, o la de Pamplona a Francia por Baztán y por Endarlaza, y habrá otras iniciativas. Cuando la Diputación recupere su pulso financiero, dedicará cantidades importantes a continuar esta política, de modo que en 1870, Navarra contará con 1.076 kms. de carretera construidos, desde los 435 con que contaba en 1847<sup>10</sup>. Ahora bien, la multiplicación de las modernas vías de comunicación no se explica en una economía estancada y atrasada. Parece evidente, por lo tanto, que en aquellos años tuvo que haber una intensa actividad económica, que afectó también a la industria, por más que ésta presentara aún formas de organización no demasiado evolucionadas. El resultado de todo ello no es, por lo demás, muy espectacular y no llegó a formarse una estructura industrial suficientemente sólida; no obstante, se modificó la anterior estructura heredada y se abrieron nuevos cauces.

Un repaso a la actividades industriales a mediados de siglo nos puede acercar más a la realidad y ayudar a calibrar mejor las limitaciones cualitativas y cuantitativas que esa evolución tuvo. Desde el punto de vista negativo podrían señalarse las oportunidades perdidas y la dificultad de aprovechar todos los recursos en la década de 1840. Como este hecho puede ser relativamente abundante, sirva como ejemplo el del partido de Aoiz, en palabras recogidas por Madoz y que aún conservan un eco del tono característico de los proyectistas del siglo XVIII: En Aoiz «pudiera establecerse una gran fábrica de paños, pues reúne todos los elementos necesarios, como son: local a propósito en las inmediaciones del río, aguas abundantes y cristalinas, materia prima, o sea, muchas y buenas lanas y seguridad en la venta y consumo, porque ni en las provincias vascongadas, ni el en alto Aragón se encuentran fábricas de esta clase»<sup>11</sup>.

10. GONZÁLEZ ENCISO, A. y VÁZQUEZ DE PRADA, V. (directores), *Historia de las vías de comunicación terrestres en Navarra*, Pamplona, 1992.

11. MADOZ, P., *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, edición facsímil en un volumen de lo concerniente a Navarra, con introducción de FLORISTÁN, A., ediciones Ámbito, Valladolid, 1986, pp. 25-27.

De todas formas estos deseos no eran utópicos, ya que el partido de Aoiz mostraba un variado elenco de actividades industriales: molinos harineros, y de aceite, diversos batanes e hilaturas para paños burdos y para calcetas. La producción de los primeros se elevaba a 600 piezas de 60 varas, que consumían 3.000 arrobas de lana al año; las segundas eran consideradas artículo interesante «del que se surten no sólo los pueblos del partido, sino muchos de la provincia». Había un molino de papel y también se encontraba en el partido la fábrica de Orbaiceta, que había vuelto a ponerse en funcionamiento. Las riquezas naturales se aprovechaban para la explotación maderera, que se servía de las aguas del río Irati para su traslado, y para la fabricación de quesos del Roncal «muy apreciados en todo el reino»<sup>12</sup>.

En el partido de Pamplona, Madoz cita dos fábricas de lencería y una de harinas en Pamplona, una de papel en Villava y 19 ferrerías en todo el partido. También señala la existencia de 43 minas, sobre todo de hierro, y unas cuantas salinas<sup>13</sup>. Las fábricas de lencería de Pamplona eran recientes y compraban la materia prima en el extranjero. La nueva fábrica de harinas había espoleado a los dueños de cinco antiguos molinos, que tuvieron que introducir mejoras, entre las que se contaba una máquina para limpiar el trigo antes de la molienda<sup>14</sup>.

En Estella prácticamente la ciudad es la que reúne toda la industria del partido. Había en total tres molinos harineros, cinco de aceite —dos de ellos hidráulicos y tres de sangre—, dos batanes, dos lavaderos de lanas, fábricas de bayetas y paños, una hilatura moderna, tenerías, una fábrica de boinas de gran calidad y varias alfarerías. En Los Arcos había también un molino harinero y otro de aceite, cinco fábricas de aguardiente y varias tenerías<sup>15</sup>.

En el partido de Tafalla había algunas fábricas de aguardientes, curtidos y alfarerías. En la ciudad se precisa que había cinco fábricas de curtidos y cuatro de aceite, varios alambiques de aguardiente y tres molinos harineros. En Olite, un molino harinero, cinco de aceite y varios hornos de teja y ladrillo<sup>16</sup>.

La ciudad de Tudela parece algo más dotada, pues presenta siete fábricas de jabón, una de regaliz y otra de pastas, 30 molinos de aceite, dos harineros, cuatro alfarerías y un tinte para paños negros y pardos ordinarios. Había también, entre algunas actividades variadas, una fábrica de velas de sebo y otra de chocolate<sup>17</sup>.

Otras fábricas de interés son las de paños de Cascante, la de Corella de regaliz, y las de jabón de Valtierra y Murillo de las Limas.

En toda la provincia era importante la industria harinera, de raigambre tradicional, que se aprovechaba tanto de la producción cerealística, como de las aguas de los ríos que movían cerca de 250 molinos, la mayoría de ellos de una piedra. Aunque la presencia de esta industria abarcaba toda la provincia, las mayores producciones se daban en los partidos de Tudela y de Estella. Los ríos Aragón, Ega y Arga eran los que molían mayor cantidad de harina, según los siguientes datos<sup>18</sup>:

RÍO	FANEGAS	ROBOS
Aragón	71.350	12.000
Ega	66.800	24.320
Arga	42.795	273.684
Ebro	30.000	16.040
Irati	31.560	9.600

12. *Ibidem*.

13. *Idem*, p. 279.

14. *Idem*, p. 299.

15. *Idem*, p. 173.

16. *Idem*, p. 354.

17. *Idem*, p. 209.

18. *Idem*, pp. 210-12.

La otra actividad industrial de tradición en Navarra era la metalurgia, que dominaba en cambio, en la zona norte de la provincia. En 1847 funcionaban 20 herrerías, que consiguieron un total de 26.799 quintales castellanos de hierro y dieron trabajo a 400 personas. Salvo algunos altos hornos en funcionamiento (Orbaiceta, Donamaría) y otros en construcción (Oroz-Betelu, Oronoz), se trataba de forjas «a la catalana», que trabajaban hierro dulce, y que mostraban una cierta decadencia, ya que muchas habían cerrado y las existentes no parecían muy boyantes. Algunas de estas herrerías eran de propiedad municipal (por ejemplo las que tenían los ayuntamientos de Lesaca, Echalar, Echarrí-Aranaz y Leiza) y las demás pertenecían a propietarios particulares, cuyos nombres son conocidos como emprendedores hombres de negocios de la época, tales como los hermanos Minondo, Nazario Carriquiri, Martín Belarra, Juan José Arraiza, o Fagoaga, los cuales estuvieron comprometidos en la empresa de la carretera del valle del Baztán<sup>19</sup>.

Parece, no obstante, que la metalurgia navarra no tuvo un buen desarrollo en esta época. A pesar del establecimiento de alguna empresa moderna, como los citados altos hornos, del resurgimiento, otra vez, de la fábrica de Orbaiceta, y del interés de los dueños de las herrerías tradicionales, el avance no se produjo. Hacia el final del período que estudiamos ahora la metalurgia navarra parecía estar en franco retroceso. En 1878 había cinco herrerías antiguas, más la fábrica de hierro de Vera y la de Orbaiceta. Esta acabaría cerrando definitivamente en 1884<sup>20</sup>.

Decía en 1858 Florencio Sanz, que «no puede dudarse que desde aquel año —se refería a 1805— se ha más que duplicado la industria, si no en la perfección de sus productos, al menos en el número de industriales y de las utilidades diarias». No puede afirmarse que la fuente utilizada por el autor para esa precisión estadística sea muy exacta, ni sistemáticamente estudiada; pero no deja de ser interesante dicha impresión que recoge cuando menos, la experiencia de quien puede recordar épocas de una actividad industrial menos intensa. Señala F. Sanz un aspecto digno de tenerse en cuenta, cual es el aumento de la demanda doméstica, de las necesidades de la vida cotidiana: «Vemos en las ciudades y villas triplicado el número de carpinteros, ebanistas, cerrajeros y otros muchos; todos en actividad tal de trabajo, que a penas pueden corresponder a los pedidos que se les hacen; pues hoy se adornan con lujo los aposentos que entonces se miraban con desprecio, hoy se hacen veinte casas por cada una de las que entonces se hacían y en ellas reemplazan al blanqueo los empapelados, al aspecto de techos de madera el cielo raso, al ladrillo de los pisos el entarimado y a las esteras las alfombras, con cuanto ha de guardar consecuencia con ellas»<sup>21</sup>. Son otra vez, apreciaciones sin una base estadística precisa, pero que nos indican que, efectivamente, aumentó la actividad industrial al ritmo de la modernización de la vida, que trajo consigo nuevas necesidades. No parece descabellado asegurar, a tenor de esas afirmaciones sobre la decoración más lujosa en las casas, que esa transformación vino de la mano de un aumento de la riqueza y por lo tanto, del dinero disponible, tanto para el gasto personal, como para la inversión financiera. Es en estas coordenadas en las que tenemos que encuadrar la última etapa de las que hemos señalado, en la que se denotan ya actividades propias de una sociedad con características capitalistas, por más que sea un capitalismo incipiente y que alcanza, seguramente, a un sector pequeño de la población.

19. *Idem*, p. 213. La referencia a la empresa de la carretera del valle de Baztán en GONZÁLEZ ENCISO, A. y VÁZQUEZ DE PRADA, V., (dirs.), *op. cit.*

20. ANDRÉS GALLEGO, J., *Historia contemporánea de Navarra*, p. 35. RIERA Y SANS, P., *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, biográfico, postal, municipal, militar, marítimo y eclesiástico de España y sus posesiones de Ultramar*, Barcelona, 1885, T. 7, p. 648, señala aún una producción de 4.200 Qm. de hierro colado en Orbaiceta, frente a los 7.234 Qm. que produjo la fábrica de Vera.

21. SANZ Y BAEZA, F., *Estadística de Navarra*, Pamplona, 1858, p. 102.



c) **Primera fase del nacimiento de la gran empresa**  
(1860/70-1900/10)

En la última fase asistimos ya al nacimiento de algunas empresas de corte capitalista claro, sociedades anónimas o empresas individuales que tienen, en cualquier caso, un fuerte componente en lo que a financiación se refiere y una incidencia amplia en el mercado. También la renovación tecnológica es una característica de estas empresas que han dejado ya la organización y estructura tradicionales.

Al mismo tiempo subsisten muchas de las actividades anteriores, que siguen dando un tono preponderante al conjunto de región no industrializada; por lo tanto, no es cuestión de hacerse ilusiones al respecto: es la aparición de empresas nuevas, modernas, lo que caracteriza a esta etapa, pero no una transformación fuerte de toda la economía. Al respecto escribe Andrés Gallego que «en rigor no se puede decir que la estructura del sector secundario cambiase en Navarra por completo hasta mediar el siglo XX. En 1930 la producción continuaba orientada a la obtención de bienes de consumo, sobre todo alimentos. Había pocas industrias básicas, apenas existían las de bienes duraderos y brillaban completamente por su ausencia las de bienes de equipo»<sup>22</sup>.

Sin embargo el panorama ofrece también un ambiente algo diferente. Así por ejemplo, al referirse a Pamplona, Riera y Sans comenta: «Aun cuando la industria dominante en esta localidad es agrícola, la fabril y manufacturera están representadas también por un gran número de telares de lienzos ordinarios, fábricas de gas, fundiciones de plomo y hierro, fábricas de jabón, de licores, de loza, de naipes, de órganos, de papel, de paraguas, de pianos, de tejas y ladrillos y de hierro elaborado»<sup>23</sup>. El panorama, evidentemente, no evoca una ciudad industrial, pero no es menos cierto que difiere de lo que había en épocas anteriores, y que se ha producido un cierto avance.

En el conjunto se puede observar una mayor diversificación y algún cambio en la industria. Del predominio de las harinas y de la metalurgia tradicional dentro de un conjunto de industrias básicas, se ha pasado a una gran variedad de producciones, a una mayor participación de todas las áreas geográficas del territorio provincial en la producción industrial y a la aparición de nuevas empresas, aunque no sean ni muy fuertes, ni muy numerosas: de antiguos molinos harineros pasamos a la presencia de algunas fábricas de harinas; de ferrería tradicional a las modernas siderurgias (Vera, Alsasua, Pamplona); de las industrias agroalimentarias elementales, como los molinos de aceite, a las sociedades mercantiles vinícolas como las de Campanas, Cordovilla y Tudela y a las nuevas empresas conserveras de la Ribera. Además hay que señalar algunas actividades nuevas, como la fábrica de asfaltos de Bacáicoa, los abonos químicos de Pamplona, o las empresas de electricidad —el Irati, o la fábrica de bombillas de Pamplona, por ejemplo—.

A este elenco, que aún se podría sistematizar algo más, hay que añadir la presencia del ferrocarril, tanto en sus líneas de vía ancha —Zaragoza-Pamplona-Alsasua, Bilbao-Castejón—, como en sus líneas de vía estrecha —Tudela-Tarazona y Cortes-Borja, en el siglo XIX—, que favorecieron no sólo el transporte de mercancías y viajeros, con el consiguiente aumento de las posibilidades de comercialización, sino la presencia de núcleos de servicios industriales y mecánicos en los lugares de mayor importancia ferroviaria.

22. ANDRÉS GALLEGO, J., *Historia contemporánea de Navarra*, p. 37.

23. RIERA Y SANS, P., *Diccionario geográfico*, p. 1.105.

Desde el punto de vista de la comercialización tampoco hay que desdeñar la importancia de las carreteras, cuyo trazado aumentó enormemente en estos años y que posibilitaron cada vez más la conexión de los núcleos más apartados con las grandes vías de comunicación, y el enlace con el ferrocarril. La articulación carreteras-ferrocarril fue fundamental para dar salida a muchos productos y para poder recibir otros. Sin duda, esta transformación tuvo que influir en el aumento del nivel de vida y en la demanda de productos industriales, algunos de los cuales podrán empezar a ser abastecidos por empresas navarras.

Tras pasado ya el umbral del siglo XX —límite del período que queremos estudiar—, se nota también la presencia de una renovada tecnología, aunque tímidamente aún. En esta línea podríamos señalar el uso de cilindros metálicos en 21 fábricas de harinas que trabajaban con fuerza eléctrica o del vapor, la salina mecánica de Lecumberri, la nueva papelera de Villava y la de Oroz, la fábrica de féculas de Lodosa, las fábricas de lienzos y las tejerías mecánicas de Pamplona<sup>24</sup>. El resumen de este panorama es, como dice también Andrés Gallego que «hay que subrayar la importancia y limitación de éstas y otras innovaciones». Las novedades tecnológicas empezaban a incorporarse, pero Navarra era aún una sociedad rural donde la industria pesaba poco<sup>25</sup>.

### 3. INDUSTRIA Y MERCADO A FIN DE SIGLO

La última década del siglo XIX y la primera del siglo XX es el momento en el que, a pesar de las limitaciones mencionadas, empezaba a notarse una transformación industrial. Entre las causas habría que mencionar los cambios en otras actividades económicas, como las transformaciones agrícolas, la demanda que dicho mercado agrícola ejercía, o la continuada mejora de las comunicaciones. Es también la época en que empieza a notarse que el camino de la industrialización por la vía de la gran empresa mecanizada, tendente a la producción en serie, empieza a ganar el terreno claramente a la economía tradicional, con el problema social que lleva consigo de empobrecimiento de áreas rurales tradicionales, y éxodo rural hacia las cabeceras de comarca, o hacia la capital.

La mejora de las comunicaciones que evita el aislamiento de muchos lugares, pudo tener también su contrapartida en la ruina de actividades que ya no eran competitivas ante la llegada de productos de fuera de la comarca, aunque también favoreció, sin duda, la salida de los productos especializados de la misma zona. Por otra parte, la mayor cercanía de mercados más amplios y prometedores, favoreció el señalado éxodo rural.

La nueva industria había calado poco aún en la sociedad navarra. El censo de 1912 señala un 12 % de población activa industrial. Sin embargo, se trataba de obreros industriales, que evidenciaban la transformación social inducida por las nuevas estructuras industriales. Por otra parte, el aumento de las actividades, aunque modesto, y su transformación hacia la mecanización, nos habla de una innegable ampliación del mercado que, ante el poco aumento de población tiene que traducir un aumento de la riqueza y una transformación social en beneficio de los sectores burgueses consumidores. Todas estas apreciaciones necesitan, como es lógico, de estudios cuantitativos que las precisen en su verdadera cuantía; en cualquier caso, su existencia parece clara.

Aparte de las transformaciones sociales que debieron incidir en el mercado interior, hay que tener en cuenta la influencia del mercado exterior. Arana Pérez y Ugalde

24. Cfr. ANDRÉS GALLEGO, J., *Historia contemporánea de Navarra*, p. 38.

25. *Ibidem*.

Zaratiegui se han preocupado de apreciar la incidencia que la política comercial de fin de siglo pudo tener en la industria navarra<sup>26</sup>. Según ellos, el librecambismo, más o menos señalado, que tuvo lugar sobre todo desde 1882, no fue positivo para la industria navarra. El problema se venía arrastrando desde las primeras medidas en ese sentido, de 1869.

Desde 1882 se nota una general disminución de los beneficios industriales, y en concreto un estancamiento en la industria textil —sobre todo en el lino—, y un declive en la industria alcoholera por la competencia de los alcoholes alemanes.

Hay, sin embargo, otros aspectos positivos. El más destacado, sin duda, es el del sector vinícola, que tuvo un desarrollo excepcional durante la crisis de la filoxera en Francia y que durará hasta que la crisis se presente en España. Una constatación de esta realidad la ha recogido Gómez Mendoza al estudiar el tráfico ferroviario en la líneas de la Compañía del Norte y observar la cantidad de vino exportado hacia Francia en esos años, tanto desde la Rioja como desde Navarra<sup>27</sup>.

Otro sector que parecía estar en expansión era el de la construcción, no afectado por la situación del mercado exterior y sensible más bien a las mejoras del mercado interior, que ya apreciamos y que también se puede reconocer —en lo que respecta al aumento del nivel de vida—, por la aparición de empresas eléctricas para el consumo tanto industrial como doméstico, desde 1889<sup>28</sup>.

Otra influencia del mercado exterior, en este caso positiva, se da en la industria agroalimentaria, y particularmente en las azucareras. La crisis de 1898 con la consiguiente independencia de Cuba, obligó a la sustitución definitiva de la caña de azúcar por la remolacha, lo cual benefició a algunas zonas agrícolas, como la Ribera navarra, donde a los cultivos remolacheros acompañaron las nuevas fábricas azucareras, como las de Marcilla y Tudela<sup>29</sup>.

Con todo esto, parece que se puede ofrecer un balance más equilibrado de la influencia que el librecambismo tuvo en la industria navarra, ya que parece que lo que de negativo pudo tener, no afectó a todos los sectores industriales. Los propios autores antes citados<sup>30</sup>, estiman también que algunos de los sectores supuestamente perjudicados por el librecambio no se quejaron al respecto, lo que puede inducir a pensar que sus males provenían de otras causas. En cualquier caso también hay que señalar que la vuelta al proteccionismo en 1891 benefició a otros sectores, muy especialmente al del papel, sin que por otra parte se atendiera a las quejas de los sectores antes perjudicados, como las siderurgias y las alcoholeras<sup>31</sup>.

26. ARANA PÉREZ, I. y UGALDE ZARATIEGUI, A., «La economía navarra y el arancel de 1891», en *Príncipe de Viana*, anejo 10, XLIX (1988), p. 33 y s.

27. *Ferrocarril y cambio económico en España, 1855-1913*, Madrid, 1982, p. 219 y s.

28. CASTIELLA RODRÍGUEZ, M., «*El Irati, S.A.*». *Historia de una empresa navarra*, Tesis Doctoral, Universidad de Navarra, 1989, inédita.

29. ANDRÉS GALLEGO, J., *Historia contemporánea de Navarra*, p. 22.

30. ARANA, I. y UGALDE, A., *art. cit.*, pp. 37-39.

31. *Ibidem*.